

## ITINERARIO DE UN HISTORIADOR: *PENSAR HISTÓRICAMENTE* DE PIERRE VILAR

Pablo F. Luna\*

---

**Resumo.** Trata-se de um ensaio bibliográfico sobre a obra *Pensar historicamente* (Barcelona, Crítica, 1997) de Pierre Vilar, na qual o historiador francês utiliza suas recordações como fonte primária, submetendo-as à crítica e verificação possíveis. Longe de um ensaio de “ego-história” o de meras “memórias”, Vilar organiza suas recordações e pensa historicamente sobre o significado e o alcance que se pode atribuir a seus conteúdos.

**Palavras-chave:** Pierre Vilar, historiografia contemporânea, memória.

### A HISTORIAN ITINERARY. PIERRE VILAR'S "PENSAR HISTORICAMENTE"

**Abstract.** This bibliographical essay evaluates Pierre Vilar's *Pensar historicamente*, in which the French historian deals with his own memories used as historical sources and submit them to critical appreciation. Far from any kind of “ego-history” or simply “memories”, Vilar organizes his remembrances and thinks “historically” on the meanings and the range one may attribute to its contents.

**Key words:** Pierre Vilar, contemporary historiography, memory.

---

La editorial barcelonesa Crítica ha publicado, hace algo más de dos años, la obra más reciente del historiador francés Pierre Vilar<sup>1</sup>. Se trata de un conjunto organizado de reflexiones y recuerdos, basados en su itinerario profesional y personal a lo largo del siglo XX. La grabadora y su memoria han sido los principales instrumentos utilizados para realizar esta producción<sup>2</sup>. Pero

---

\* Université Paris Sorbonne.

<sup>1</sup> Su título es *Pensar historicamente* (Barcelona, Crítica, 1997, 240p.). Es la versión castellana del original publicado en catalán, en 1995, por el editor valenciano Eliseu Climent.

<sup>2</sup> La edición del libro y la transcripción de las grabaciones, así como la traducción de la obra, han corrido por cuenta de la historiadora catalana Rosa Congost, de la Universidad de Gerona. Su reconstitución de un armazón de notas y referencias facilita la lectura del documento, en particular para quienes no conocen la producción de Vilar o ignoran los detalles de los debates en los que el autor ha participado, especialmente en Francia. Las

el libro comienza con el primer capítulo, íntegramente redactado por el propio Vilar, de un libro inconcluso<sup>3</sup>.

En efecto, había recibido, a fines de los ochenta, la propuesta de preparar un trabajo sobre la construcción europea actual, en el cuadro de una colección internacional promovida por varias editoriales del viejo continente. Vilar había optado por examinar la problemática histórica del vocabulario empleado (y el sentido dado) para definir los grupos creados por los hombres, así como reflexionar sobre la nueva entidad en construcción. Le interesaba también el problema de la traducción de cada término utilizado, situándolo en su universo histórico y lingüístico respectivo.

El título propuesto por Vilar, aunque un poco largo, reflejaba precisamente el tipo de reflexión a la que se comprometía: *País, pueblo, patria, nación, estado, imperio, potencia...¿Qué vocabulario para Europa?*<sup>4</sup>. Imposibilitado de completar el proyecto previsto, y ante la insistencia de amigos y colaboradores, la obra va a metamorfosearse y transformarse en un conjunto de reflexiones, “en voz alta”, en las que, como en el proyecto originario, no se trata de demostrar ni probar porque es imposible hacerlo con los restringidos medios disponibles, pero sí plantear problemas, ampliando los enfoques, poniendo como eje las cuestiones de la identidad y la pertenencia, de la conciencia y la inconsciencia en la formación de los diversos grupos humanos y del juego de compensaciones que dichos grupos se crean en sus comparaciones recíprocas.

Para llevar a cabo este trabajo, Vilar ha utilizado sus recuerdos como fuente primaria, sometiéndolos a la crítica y la verificación que estaban a su alcance, descartando todo prodromismo que consistiría en ver, con sesenta años de distancia, “signos anunciatorios” de acontecimientos venideros. Tal vez convenga insistir en ello: no estamos ante una egohistoria o unas “memorias” en las que, como en otras, predomina el recordar al granel, deshilvanado o reconstruido. Vilar ha organizado sus recuerdos y ha reflexionado sobre su significado y el alcance que se puede atribuir a su contenido; se trata de recuerdos pensados históricamente.

Luego del primer capítulo, intitulado “Lo común y lo sagrado”, que pertenecía al proyecto anterior, Vilar presenta sus reflexiones en torno a cinco puntos, que son al mismo tiempo diferentes momentos de su vida durante el

---

acotaciones de Rosa Congost constituyen frecuentemente una prolongación de la reflexión vilariana.

<sup>3</sup> Dicha obra fue interrumpida luego de un grave accidente que, en 1991, privó a Vilar de la vista.

<sup>4</sup> Las cuatro partes de la obra eran: 1. Lo común y lo sagrado, 2. Comunidad e identidad, 3. Comunidad y sociedades y 4. Comunidades-sociedades: la evolución histórica (p. 9).

siglo XX y temas que le han acompañado en su trabajo profesional<sup>5</sup>. Su infancia y adolescencia, alejadas de toda influencia revolucionaria, impregnadas por la primera guerra mundial; su paso por la Escuela Normal Superior (alta escuela para la formación de los profesores universitarios de Francia), en los años veinte, y su aprendizaje del oficio de historiador; sus años españoles, entre 1930 y 1936, y su encuentro más directo con el marxismo; su percepción de los problemas en la víspera de la segunda guerra mundial; y las lecciones de cinco años de cautiverio durante la segunda guerra mundial.

Antes de dar cuenta de las principales cuestiones examinadas deseáramos evocar uno de los principales aportes generales de Vilar, cuya manifestación atraviesa el conjunto de la obra y aparece ya en el título escogido. El historiador francés ha deseado transmitir, gracias a la publicación de este libro, un método para encarar la realidad cotidiana, que no es nuevo para él y que le ha servido para pensar los hechos y acontecimientos de su propia vida. Evidente e indispensable para el trabajo profesional que el oficio de historiador impone, Vilar desea que hasta donde le sea posible cada quien practique la reflexión histórica, cuando piense en los acontecimientos o procesos que se desarrollen ante sí, situando y poniendo fecha con toda la precisión que le sea posible. ¿Qué?, ¿Cuándo?, ¿Cómo?, ¿Quién?, ¿Por qué?, ¿En favor de quién?..., tendrían que ser las preguntas permanentes, no sólo del historiador sino del ciudadano contemporáneo, para intentar comprender su realidad, aprehenderla de forma crítica, y desechar clichés, tópicos, anacronismos, prejuicios y el pensar fácil característicos, causantes muchas veces de dramas y tragedias durante el siglo que se acaba. En este sentido, podríamos agregar que el empeño del historiador Pierre Vilar es también una empresa eminentemente ciudadana, que recomienda no aceptar lo que parece o nos es dado como inevitable y rechazar la reproducción de lo que la experiencia histórica señala como deplorable. No es una de las contribuciones menores del libro.

## LO COMÚN Y LO SAGRADO

Es el primer capítulo del libro y era también la primera parte del proyecto inconcluso. Gracias a sus recuerdos y a su dominio de la bibliografía indispensable, el historiador reconstituye la coyuntura mental e intelectual, especialmente francesa, de la víspera de la Gran guerra (1914-1918). Insiste en particular en la transferencia que se opera durante esos años en torno a la

---

<sup>5</sup> El planteamiento de dichos puntos data de 1984, tal como nos lo explica la editora de la obra (p. 14-15).

noción de lo sagrado. Ésta, que era frecuentemente imputada a las monarquías antes de 1914, encuentra un nuevo destinatario en la patria y la nación contemporánea, favorecida además por un relativo retroceso de la religión a la esfera de lo privado. La idea republicana frente al derecho divino es aún minoritaria; hasta allí, la razón ha avanzado sobre una base que es todavía sacralizante. El desencadenamiento de la guerra no sólo revelará claramente esta tendencia subyacente sino que la llevará hasta su culminación: el sacrificio por la patria, es decir, morir por la patria.

Amante de poesía y canciones populares y dotado de una memoria portentosa, ejercitada por su actividad profesional, Vilar también evoca este fenómeno histórico gracias a sus recuerdos de niño y escolar.

Pero insiste igualmente en dos momentos (y movimientos) sociales y mentales con los que va a cristalizarse esta tendencia de fondo, antes de manifestarse abiertamente. Por un lado, el unanimismo, mediante el cual una idea se impone voluntariamente y de forma absoluta al grupo social, al “alma colectiva”, analizado en la obra del literato y periodista Jules Romains. Por otro lado, lo que puede denominarse la coyuntura Durkheim, es decir el proceso de construcción de la obra de dicho sociólogo (una “revolución copernicana”, dice Vilar), que pone al derecho la relación entre religión y sociedad, entre lo sagrado y lo común. Lo peculiar de estos dos momentos (y movimientos), y es lo que realza su importancia, es que no son coordinados, que no se “conocen” directamente, que son casi inconscientes. Es un rasgo mayor que permite definir, dice Vilar, lo que puede denominarse una “coyuntura intelectual”.

La comprensión de tal coyuntura es clave, en la víspera de la Gran Guerra. Si la religión no es solamente un producto de la sociedad sino que incluso puede y llega a imponerse la religión de lo social, y que se produce entonces la sacralización del grupo y la pertenencia a la sociedad, el individuo se obliga a actuar como ella o quienes la representan (o dicen representarla) se lo piden. Sobre todo en caso de movilización general, cuando el Estado aparece revestido de la representación del grupo, en el contexto de la guerra. En dichas circunstancias, el temor místico a la sociedad y al grupo sacralizados es más grande que el temor físico; el temor a la sociedad es más fuerte que la razón laica; la creencia patriótica es más fuerte que cualquier otra creencia.

Sin embargo, conviene recalcarlo, no es porque Vilar analice estas condiciones unanimistas, esta coyuntura “creyente” prebélica, que él considere que sean “convenientes” e incluso “inevitables”. Muy por el contrario, plantea en este primer capítulo (p. 34) la cuestión fundamental, a saber: ¿conviene divinizar lo unánime? Lo que equivale a preguntarse “¿conveniente para quién?” y “¿con qué objetivos?”. Con su corolario respecto a la necesaria

distinción entre los grupos y los “mundos” interactuantes en dicha coyuntura y los cambios que se producen<sup>6</sup>.

Luego de analizar otra de las confluencias intelectuales del periodo, aquélla que más tarde llevará de Gustave Le Bon a Hitler y Mussolini, y recordar las dificultades de traducción de los términos que designan a los grupos humanos<sup>7</sup>, voluntaria o involuntariamente constituidos, Vilar propone las bases de lo que pudiera ser un protocolo de acuerdo para el trabajo entre historiadores y sociólogos, que permita abrir camino a una sociología diferenciada de dichos grupos, en el espacio y en el tiempo. Plantea las siguientes preguntas a las que habría que responder: ¿qué tipo de duración (instantánea, corta, media, larga) conviene aplicar a la observación de los grupos humanos establecidos en los territorios considerados<sup>8</sup>; ¿si se estudian los fenómenos de pertenencia consciente, no cabe sobre todo examinar los casos de pertenencia inconsciente, y plantearse al mismo tiempo los problemas de la existencia misma y la naturaleza peculiar de dichos agrupamientos?; ¿no hay una vertiente religiosa en la constitución de tales agrupaciones que conviene poner en evidencia, sabiendo que instituciones “creyentes” como la Iglesia (y el ejército), especialistas en modelar a los hombres, pueden fácilmente valerse ellas?

## HISTORIA E IDENTIDAD: UNA EXPERIENCIA

La segunda parte de *Pensar históricamente* se compone de los recuerdos grabados y organizados por el autor. Trataremos de presentar en esta reseña las reflexiones que Vilar formula sobre su experiencia personal y profesional, siguiendo los cinco puntos cronológicos y temáticos que anunciamos anteriormente.

### Una infancia y adolescencia en el contexto de la Gran Guerra

Vilar es hijo de maestro y maestra, en el seno de unas familias del sur de Francia, que apenas en la anterior generación habían logrado que algunos

---

<sup>6</sup> Vilar fecha, por ejemplo, en 1915 la ruptura del “unanimismo” de las movilizaciones durante la primera guerra mundial (p. 45).

<sup>7</sup> Es conveniente al respecto revisar las notas adicionales preparadas por la editora Rosa Congost (p. 208-227), que analizan entre otros los problemas de traducción, difusión y recepción de las concepciones de Le Bon y la configuración de una “coyuntura Durkheim” en España.

<sup>8</sup> Retomando la fórmula de Lucien Febvre, a Vilar le gusta insistir frecuentemente en los peligros del anacronismo, que es considerado por ambos como el “pecado” mayor del historiador.

de los suyos accediesen a los estudios, superando las barreras sociales de su condición de viticultores modestos. Se trata de un tipo social relativamente común, dice Vilar. Su infancia y adolescencia están marcadas por la guerra mundial “14-18” y sus consecuencias, lo que es también el caso de su educación primaria en la que alternan profesores partidarios u opositores del nacionalismo y del pacifismo, las dos corrientes que impregnan las opciones políticas del momento. Como muchos chicos de su edad, Vilar se siente entonces atraído por las causas antimilitaristas.

A una pregunta que frecuentemente le han hecho, Vilar contesta que ni el comunismo, ni la revolución bolchevique (“el gran resplandor del este”) pudieron ejercer sobre él ningún deslumbramiento en ese momento. Que su caso no es el de “conversiones” entusiastas o el del inicio de alguna pasión o fe revolucionarias. Lo que sí se produjo, señala, en diversos medios sociales, especialmente parisinos, de obreros, maestros y pequeños funcionarios del Estado. Confiesa haber sido un joven que deseaba ser profesor universitario y que buscaba ingresar a la Escuela Normal Superior de París para lograr su cometido. Lo que consiguió, como muchos otros de su misma categoría social.

Observa sin embargo, desde su modesta experiencia provinciana, que ya a partir de ese momento empezaba a intuir que los hechos políticos no podían ser los determinantes en la comprensión de su sociedad y el momento que vivía, de los conflictos y oposiciones sociales.

### **La Escuela Normal Superior y su aprendizaje del oficio de historiador**

Vienen luego las reflexiones en torno a su paso por uno de los templos de la Francia intelectual de los años veinte (y del siglo XX), la Escuela Normal Superior (ENS, calle Ulm). Luego de recordar la importancia de la entidad y describir sus características y funcionamiento, Vilar habla de su adaptación a las costumbres de dicho centro. Y se interroga, en primer lugar, sobre las consecuencias de ese periodo en su propia formación profesional y en su vida, a secas. Atraído en primer lugar por la geografía, la economía y la observación directa, aquellos años (1924-1929) son al mismo tiempo los de su formación como historiador, a la que contribuyen también los cursos de historia que sigue en la antigua Sorbona.

Vilar extrae algunas enseñanzas que no es inútil explicitar: (i) Convencido de la necesidad de superar una historia puramente factual (*événementielle*) y principalmente política (la que predominaba en ese entonces), y de prestar mayor atención a la historia de los mecanismos sociales y económicos, Vilar piensa también que en la polémica hay que evitar el caricaturizar las posiciones del adversario. Agrega que si el dogmatismo tiene

que ser criticado, particularmente el de los positivistas (su culto al documento “verídico” y al “hecho” preciso), se tiene que evitar también el dogmatismo de la crítica<sup>9</sup>. (ii) Vilar insiste en la necesidad imperativa para el historiador de comprender lo que los políticos o “actores” de un periodo histórico no pudieron entender (y que frecuentemente les condujo al fracaso), por ejemplo, el vigor y la persistencia de las psicologías religiosas, populares y colectivas<sup>10</sup>. (iii) Partidario y defensor de una historia total, no por dogma sino por necesidad de análisis y comprensión, el historiador francés señala la importancia de los factores lingüísticos y los procesos intelectuales (por ejemplo, la producción artística como actividad social) en el estudio y la construcción del objeto de investigación, y la obligación del historiador de plantearse los en su reflexión. (iv) Cuestionando las recomendaciones de los historiadores positivistas, Vilar señala que si es peligroso que el joven historiador escoja un tema de trabajo del que ya tiene una idea más o menos constituida o preconcebida, es aún más absurdo, por prurito de “objetividad”, optar por un tema de investigación que no le despierte ningún interés o simpatía. Por eso, concluye Vilar, el investigador (y no sólo el debutante) debe preguntarse y tomar conciencia de las razones profundas que le han hecho escoger su tema de trabajo, siendo lo mejor el explicitarlas claramente. Un ejercicio que no es sencillo pero que puede ser sinónimo de honestidad intelectual.

Ante las posibilidades de acceder a los “mundos” parisinos, intelectuales y de relación, que la ENS ofrece, Vilar prefiere asumir el papel de espectador. Joven provinciano, tímido y con muchas dudas, su estancia en aquel centro le permite sobre todo observar y aprender. Su interés se concentra, por ejemplo, en los cambios que experimenta la coyuntura mental e intelectual, medidos mediante las modificaciones de trayecto (y proyecto) de determinados personajes (Sartre, Nizan, etc.), que él busca periodizar y fechar lo más precisamente posible<sup>11</sup>. Sus contactos y amistades no se limitan a los

---

<sup>9</sup> Su admiración por Lucien Febvre, uno de los fundadores de los *Annales*, no le impide, por ejemplo, lamentar su exagerada actitud crítica respecto a personalidades tan diferentes como el positivista Charles Seignobos o el robespierrista Albert Mathiez (p. 71-72).

<sup>10</sup> Entre los numerosos aportes del historiador Ernest Labrousse, que Vilar designa como su maestro, figura la necesidad de precaverse contra la “imputación a lo político” de cuestiones que no dependen de lo político; por ejemplo, las famosas y recurrentes fórmulas que explican que “eso es culpa del gobierno”. Ver, entre otros, “Ernest Labrousse y el saber histórico” in Vilar, Pierre: *Pensar la historia* (México, 1992).

<sup>11</sup> Aunque todavía no es el historiador interesado por lo nacional y por el entrelazamiento de los fenómenos de nación con los de clases y “mundos” sociales, Vilar cuestiona la manera desenfadada con la que frecuentemente se examinan dichas cuestiones, tal como ya lo observa en su entorno inmediato, en la ENS (p. 89-90).

círculos de estudiantes de izquierda. También frecuenta a muchos cristianos e incluso a personalidades de derecha<sup>12</sup>. Es el espectro sociopolítico de la ENS. Vilar es capaz, por ejemplo, de preparar la *agrégation* (concurso francés de acceso a la enseñanza) en el seno de un “soviet” (signo de la época: así denominaban en la ENS a los grupos de preparación), al lado del católico Henri-Irénée Marrou y el comunista Jean Bruhat, con quienes logra establecer una complicidad espiritual e intelectual enriquecedora que perdurará durante años.

Inscrito en un grupo de estudios socialistas, Vilar no se siente atraído por la actividad política del partido socialista, ni por la actividad militante en general.

Si recuerda con satisfacción estos años formativos y valoriza ampliamente su significado, no deja al mismo tiempo de manifestar cierto malestar por la desventura y a veces la frivolidad que caracterizan dicho “mundo” frente a algunos problemas que ya podían verse en el horizonte: crisis, fascismo, antisemitismo, etc.

### **Descubrimientos españoles y reencuentro con el marxismo**

En Barcelona, en septiembre de 1927, es el descubrimiento del “hecho catalán”, en la diversidad de la España contemporánea. La vitalidad de la idea catalana como motor colectivo sorprende al joven intelectual que llega sin ningún a priori. Son entonces el encuentro y la acogida calurosa de diversas personalidades catalanas y catalanistas los que ofrecen el cuadro a estos primeros contactos. Pero Vilar no se siente ni adopta la postura de “el francés” que llega al extranjero para dar lecciones. Es más bien la discreción del estudiante novato la que caracteriza su comportamiento, tanto como el temor de no estar a la altura de la efervescente vida política, intelectual y cultural del país de acogida. Vilar constata los límites del tema puntual de investigación con el que llegaba: la Cataluña industrial, entre los Pirineos y el mar. Tanto como cuando observa los límites efectivos de sus propios conocimientos generales. Pero es también el momento en que intenta poner en relación sus preocupaciones de investigador académico con la realidad catalana apenas descubierta.

Hace entonces sus primeras armas como “geógrafo de archivo”<sup>13</sup>, reconoce el terreno de trabajo, se abre a la realidad de la relación entre agricultura e industria, toma contacto con los hombres de su problemática.

<sup>12</sup> La extrema derecha (Brasillach, Céline, *l'Action française*, etc.) queda claramente al margen de su esfera de amistades, aunque no de su terreno de observación.

<sup>13</sup> La fórmula pertenece al geógrafo francés Albert Demangeon.



Pero también cultiva amistades, anuda vínculos. Cuando se pregunta sobre las razones que explican que desde entonces haya conservado tantas amistades catalanas (el hecho de plantearse la pregunta, dice, le ha sido muy útil), el historiador francés piensa que la razón principal tal vez sea que se identificó con los problemas que deseaba estudiar, que se impregnó del “ser colectivo” que se los planteaba,... aun cuando él no fuera catalán<sup>14</sup>.

Es también en el contexto de la Barcelona de entonces, gracias a su encuentro con el historiador y psicoanalista húngaro Olivier Brachfeld, donde Vilar se inicia al examen de las múltiples reacciones, individuales y de grupo, medidas en términos de superioridad e inferioridad. Las que se traducen mediante manifestaciones que pueden ir desde el odio visceral y absurdo, hasta el desprecio y resentimiento.

Luego, la obra de Henri de Mann, *Más allá del Marxismo*, le permite reflexionar más profundamente sobre la complejidad histórica de la articulación entre la lucha de clases y la lucha nacional. Este sociólogo belga pone de realce, sobre todo, la posibilidad que ofrece la lucha nacional para substituir o atenuar la lucha de clases, en el seno de una comunidad. Es decir, la alternativa contemporánea propuesta por el fascismo italiano y el nazismo alemán. Vilar hizo una larga reseña crítica de este libro (que no pudo entonces ser publicada)<sup>15</sup>, en donde indica el peligro político de dicha alternativa<sup>16</sup>.

Desde esos momentos, señala con precisión, no ha dejado de reflexionar sobre las relaciones entre nacionalismo y socialismo y los problemas que han planteado a lo largo del siglo XX. Lo que también le ha ocurrido respecto a las diversas formulaciones analíticas propuestas por los marxo-freudianos, para intentar comprender la articulación de identidad, pertenencia y conflicto al interior de dicha problemática. Aunque Vilar

---

<sup>14</sup> En este sentido es fundamental la lectura del prefacio y la introducción del primer volumen de su *Cataluña en la España moderna* (Barcelona, Crítica, 3a edición, 1987, 3 vols.), no sólo para entender sus instrumentos y metodología de trabajo sino también para comprender la relación del historiador con su propio objeto de investigación.

<sup>15</sup> Es posible que el impacto del libro del sociólogo belga haya sido mayor de lo que Vilar señala en sus recuerdos. La editora nos plantea en la nota 34 la cuestión de la incidencia europea de dicha publicación (p. 110-111).

<sup>16</sup> El autor de este artículo proporcionó a Pierre Vilar, al final de los años ochenta, un ejemplar del libro de José Carlos Mariátegui, *En defensa del marxismo* (Lima, Amauta, 7a edición, 1976, 202p.), en donde este último hace una crítica del “revisionismo” del sociólogo belga. El comentario de Vilar, algunas semanas más tarde, daba cuenta de su acuerdo fundamental con la crítica del marxista peruano, a pesar de que en ese entonces él no conociera a su autor (y tampoco el libro, que fue publicado por primera vez en 1934). Vilar se sorprendió, una vez más, ante esos trayectos intelectuales paralelos cuyo encuentro no es facilitado por el periodo, pero que pueden revelar la existencia de una coyuntura intelectual latente, que espera tal vez el momento preciso para cristalizar algunas de sus manifestaciones.

confiesa su preferencia por el complemento analítico proporcionado por Alfred Adler, uno de los principales discípulos disidentes del psicoanalista vienés.

La crisis de los años 30 le dará muchas ocasiones para confrontar sus reflexiones generales con el análisis concreto de la realidad, tanto en España como en el resto de Europa. Así confirma su primera experiencia barcelonesa, de trabajo de terreno, en contacto con los protagonistas, con sus grupos y sus mundos respectivos. Son también los años en los que colabora con los *Annales* de Marc Bloch y Lucien Febvre, y con otras revistas, escribiendo artículos sobre el ferrocarril, la ruta y la industria catalanas, sobre el derecho civil y la agricultura españoles y catalanes, etc.

Vilar dice con insistencia que no es en el marxismo, ni por el marxismo, que comprendió la complejidad de la realidad social. Contrariamente a otras experiencias intelectuales, no descubrió *en* el marxismo el llamado “continente historia”<sup>17</sup>. Fue su propio encuentro, en tanto que historiador, con la complejidad de la realidad, lo que le hizo medir la grandeza del pensamiento de Marx<sup>18</sup>.

Pero aplicándose a sí mismo los instrumentos del historiador, Vilar señala al mismo tiempo los límites sociológicos inherentes (de clase, de “mundo”, etc.) de sus diferentes puestos de observación y de su condición de observador de la sociedad española y catalana en particular.

Más tarde, los acontecimientos barceloneses de octubre de 1934 le permiten ejercitarse en una práctica de historiador (y de ciudadano) particularmente importante, a saber, la necesidad de calibrar el valor del testimonio inmediato de los protagonistas. Es decir, en otros términos, la necesidad de someter la opinión de los testigos y “actores” del hecho a la estricta crítica histórica, para extraer lo que sea verdaderamente revelador del momento vivido. Vilar plantea aquí el carácter sintético (y de claro contenido histórico) de frases como “han ganado (o han perdido) los curas”, pronunciadas en el veredicto de los protagonistas populares, para dar cuenta del resultado de enfrentamientos sociopolíticos en la historia de España (y

---

<sup>17</sup> En referencia a la fórmula utilizada por el filósofo francés Louis Althusser.

<sup>18</sup> El historiador francés formula un análisis análogo para entender la revolución epistemológica que significó la creación de los *Annales*, a fines de los años 20. La crisis 1929-1930, dice Vilar, permitía observar los límites del sistema socioeconómico en vigencia, incluso a nivel internacional. La historia que se vivía entonces mostraba a las claras que la crisis no podía ser solamente explicada desde un punto de vista político, militar o administrativo. Pero al mismo tiempo, la coyuntura intelectual hacía que los historiadores de ese momento (y no sólo ellos) estuvieran dispuestos a comprender y a querer comprender la totalidad del fenómeno que se producía delante de ellos. Este hecho repercutió objetivamente en la forma de considerar su propia disciplina, su propio oficio (p. 27).

Cataluña). Lo que significa para el historiador francés que siempre es necesario intentar descubrir en los hechos de coyuntura los rasgos y las manifestaciones del funcionamiento de las estructuras, tanto políticas y sociales como mentales. También es desde ese entonces una de sus preocupaciones permanentes.

Sus años españoles son definitivamente un periodo formativo fundamental.

### **En la víspera de la segunda guerra mundial**

Desde varios observatorios, Vilar es testigo de las condiciones anteriores al desencadenamiento de la segunda conflagración mundial del siglo XX. De vuelta a Barcelona, en 1936, en medio de una Cataluña en efervescencia revolucionaria, le llaman la atención las reacciones diversas ante la perspectiva de cambio y/o inestabilidad venideros, la que abre un abanico de expectativas que va desde el miedo contrarrevolucionario hasta el cálculo maquiavélico de los beneficios esperados.

Más tarde, ya en plena guerra española, será la reacción de los campesinos catalanes franceses la que le sorprenderá. A sólo algunos kilómetros de distancia, separados por unos límites de estado, parecen ignorar que hay una guerra del otro lado de la frontera. Sólo se sienten preocupados por los asuntos ligados a sus propios intereses personales o de grupo. Es todo el problema, recuerda Vilar, de la ignorancia de la tragedia española por sus propios vecinos franceses.

Desde un punto de vista más general, el historiador francés es muy crítico respecto a la actitud, más bien hostil, que adoptan una parte de la administración y la gran prensa de Francia respecto a la causa republicana española. Es la misma actitud la que se manifiesta a partir de febrero de 1939, con la llegada de los exiliados españoles. Sólo el carácter masivo de dicho exilio reveló al conjunto de la opinión pública de su país la verdadera naturaleza del drama español. La solidaridad francesa para con la España republicana (y sus exiliados) siguió siendo una causa eminentemente de izquierda y popular.

Si el antisemitismo de ciertos medios diplomáticos y consulares franceses en Cataluña le impresiona<sup>19</sup>, el historiador no es menos sensible a la actitud de determinados “mundos” parisinos que manifiestan en este periodo una voluntad a veces casi irracional de creerse las mentiras propaladas, muchas veces a sabiendas, por algunos “directores de conciencia”, religiosos o laicos, transformados en auténticos “directores de orquesta”; por ejemplo, para negar la evidencia del bombardeo de Guernica. Vilar se pregunta si no hubo también

---

<sup>19</sup> Vilar lamenta no haber sabido establecer los vínculos entre las diversas manifestaciones antisemitas y no haber podido detectar los síntomas de una “epidemia” que poco a poco se extendía entre medios sociales fértiles y receptivos a este tipo de afección.

en esta actitud una voluntad (¿inconsciente?) de identificar religión con defensa de una política de clase. Tal vez aquellos “directores de conciencia” actuasen con “buena conciencia”, pensando que así se defendía el orden y a Dios. Volvemos así a la complejidad de la relación entre lo común y lo sagrado, entre sociedad y religión, siempre atravesada por la problemática de individuos, grupos y clases, que ha sido examinada en el primer capítulo de la obra.

Durante este periodo, señala el historiador francés, los gobiernos europeos, espantados por todo movimiento que de lejos o de cerca defendiese la idea de cambio revolucionario, prefirieron organizar cualquier tipo de compromiso, a cualquier precio, con las potencias del Eje, especialmente con la Alemania nazi. En ese entonces Vilar se sintió más cercano del partido comunista, que denunciaba dicho comportamiento, y especialmente de su dirigente Gabriel Péri (responsable de la página internacional de *l'Humanité*, el cotidiano comunista). Aunque sin adherirse a la formación comunista. Porque no sentía que su temperamento fuese compatible con la vida de partido, pero también porque, entre otras razones, no conocía con certeza lo que ocurría en la URSS<sup>20</sup>. Pero es también su estatuto social de historiador, intelectual e investigador que cuestiona e interroga en esos momentos.

Por otra parte, imposibilitado de proseguir con su investigación en el terreno mismo, Vilar se consagra al trabajo bibliográfico y descubre que Marx ha sido también historiador de España<sup>21</sup>. La edición francesa de los trabajos de Marx sobre España (1842 y 1854), que él ha preparado y cuya publicación propone al partido comunista, se termina con el primer malentendido directo del historiador con Moscú. El partido francés le informa a Vilar que es necesario recabar el visto bueno de los responsables moscovitas para proceder a la publicación. Si dicho procedimiento le sorprende, lo más lamentable se produce más tarde cuando los censores designados, haciendo gala de una actitud casi teocrática, significan a Vilar que debe suprimir las notas en las que se señalan los errores (menores, por otro lado) cometidos por Marx.

Finalmente, la publicación no apareció, pero por otras razones: la misma noche de la firma del pacto germano-soviético<sup>22</sup>, la policía francesa

---

<sup>20</sup> Le atraían los avances industriales y técnicos de la potencia comunista, pero los procesos de Moscú habían suscitado debates apasionados y Vilar se preguntaba quién tenía razón. El antisovietismo y anticomunismo eran entonces muy fuertes (p. 145).

<sup>21</sup> El interés y la simpatía de Pierre Vilar por este país y por las angustias de los exiliados no han variado en un ápice. Su casa parisina se vuelve frecuentemente lugar de refugio del exilio español, tanto para amigos como incluso para desconocidos.

<sup>22</sup> La atmósfera de confusión creada por dicho pacto se hizo pesada, en particular en el seno del partido comunista. Luego de su firma, Vilar distingue entre la actitud de lo que denomina el comunista “creyente”, que no reflexiona sobre el significado del pacto y que puede incluso pensar que “tal vez Hitler no sea tan malo como se ha dicho”, frente a la del “lúcido”, que

destruía todo el material de imprenta del partido, y con él las pruebas tipográficas de la publicación propuesta<sup>23</sup>. Lo que dice mucho, al mismo tiempo, señala Vilar, de las apariencias democráticas del estado francés, del anticomunismo y el ambiente anti-frente-popular reinante, frecuentemente alimentado por cierta izquierda, capaz de recusar incluso las tradiciones republicanas.

La guerra pasa de la inminencia al hecho. Movilizado por el ejército francés el historiador sale, en agosto de 1939, con rumbo hacia Alsacia, en la frontera francoalemana.

### Cinco años de cautividad

La guerra y el cautiverio le han proporcionado a Vilar otros momentos especiales para su reflexión histórica. Sus convicciones pudieron confirmarse y enriquecerse. Pero las consecuencias del conflicto fueron terribles. La lucha de clases y la lucha de grupos, dice Vilar, desarrollaron sus contradicciones hasta las últimas consecuencias, alcanzando ribetes dramáticos. Por encima de las nociones propias del bien y del mal, los fines justificaron los medios. El historiador constata, a la luz de los acontecimientos, que no ha habido ajuste en el siglo XX entre la ciencia y la moral.

Incorporado a un regimiento colonial del ejército francés, Pierre Vilar percibe con mayor precisión la diversidad sociológica de los “mundos” militares de su país. Así, le llama la atención la clara desconfianza de los oficiales de alto rango para con el sistema defensivo que organizan los regímenes democráticos y constitucionales, cuando lo comparan, por ejemplo, con el de la Alemania nazi. Pero al llegar a Alsacia también le sorprende, a él que no era un revanchista antialemán, la potencia sentimental de los recuerdos de sus manuales escolares impregnados de imágenes patrióticas. Experimenta en todo su ser la complejidad de los fenómenos de frontera y patria, en los que ya no puede dejar de pensar ahora en plena campaña militar, delante de bombardeos que pueden en cualquier momento cobrarle la vida, ante la obligación de disparar contra el enemigo declarado. Su espíritu se siente igualmente inmerso y conmovido por el recuerdo de sus lecturas antimilitaristas de adolescente (Barbusse, Remarque, Rolland, Duhamel, etc.)<sup>24</sup>.

---

veía también en ese pacto la gran responsabilidad de las tambaleantes democracias occidentales y la inminencia de la guerra.

<sup>23</sup> Una experiencia más afortunada de colaboración con los comunistas franceses fue la fundación de la revista *La Pensée*, en 1939, al lado del científico Paul Langevin (p. 146-147).

<sup>24</sup> Vilar es crítico consigo mismo, con respecto a algunas de las certezas forjadas durante sus años en la ENS, que son también las de su “generación intelectual”.

El historiador evoca su captura, en junio de 1940, por una columna del ejército nazi: la humillación de la derrota y el descubrimiento de una de las Alemanias, vulgar y militarista, que había propulsado a Hitler al poder; el racismo visceral y primitivo de los oficiales nazis, pero también la solidaridad de clase que se establece rápidamente entre las castas militares de los dos ejércitos contendientes. Los largos paseos a pie de las columnas de prisioneros le dan la oportunidad de verificar los primeros resultados de la derrota y de fijar en su espíritu algunos cuadros sobrecogedores: cadáveres de soldados negros con uniforme francés, símbolo del colonialismo, con la cabeza perforada y destrozada por una bala, símbolo del racismo nazi.

Fueron cinco años de cautiverio, entre Alemania, Polonia y Austria, llenos de enseñanzas sobre la condición humana, con sus grandezas y bajezas; sobre la reacción de los individuos y sus grupos (voluntarios o inconscientes), de diferentes nacionalidades, ante la evolución y los cambios bruscos operados en el transcurrir de la guerra. El historiador francés constata, por ejemplo, la aceptación por la mayoría de los oficiales de su ejército<sup>25</sup> de la política de colaboración con los nazis impuesta por el mariscal Pétain. Y el rechazo de la propia idea republicana que caracterizaba a los más tradicionalistas, que se hacía evidente en el reemplazo del clásico emblema francés “Libertad, igualdad y fraternidad” por el colaboracionista “Trabajo, familia y patria”. A lo que se agregaba su antisemitismo virulento, cuyo vigor y alcance, lamenta Vilar, no fueron evaluados a tiempo<sup>26</sup>.

Su vida fue la de los hombres privados de libertad, capturados por un ejército que se deleita al comienzo con una victoria fácil y que progresivamente tendrá que enfrentarse a la derrota definitiva. Si las condiciones de los campos de prisioneros por los que pasa le permiten consagrar tiempo a sus preocupaciones intelectuales de larga duración (la historia de España, por ejemplo), tiene también los ojos puestos en los acontecimientos inmediatos, de corto plazo, interiores y exteriores, de su lugar de cautiverio, en las cartas de su mujer y su hijo, en las buenas y malas noticias que reciben sus camaradas de internamiento. Contrariamente a otras experiencias similares, el largo y el mediano plazo no anulan en él el corto plazo. Esta interacción de duraciones,

---

<sup>25</sup> Los oficiales con procedencia clerical o del sector enseñante, precisa el historiador, rechazaban por lo general los compromisos del régimen colaboracionista (p. 170).

<sup>26</sup> Vilar expresa su admiración por el gran historiador francés Marc Bloch, otro de los fundadores de los *Annales*, y autor de *L'Étrange défaite* (La extraña derrota), en donde examina desde el interior del ejército la debacle francesa de 1939-1940. Resistente ante la ocupación nazi y combatiente antifascista, Marc Bloch fue capturado por la Gestapo y asesinado en 1944. El ejemplo de su itinerario cívico es cada vez más claramente rescatado por la sociedad francesa contemporánea.

recordémoslo, es también la que caracteriza el conjunto de su producción intelectual e historiográfica.

Una de las cuestiones en las que frecuentemente pudo reflexionar, aunque sin llegar a resolver todas sus interrogantes, se relaciona con las responsabilidades colectivas frente a los actos perpetrados por los dirigentes políticos y militares. Si la nación es seguramente responsable de su Estado en periodo de paz, en cambio, qué puede decirse y deducirse de dicha relación en periodo de guerra. Vilar piensa, por ejemplo, en la responsabilidad de los habitantes que viven cerca o alrededor de los campos de internamiento y, más generalmente, se interroga sobre nuestra responsabilidad colectiva ante lo que permitimos que se haga, muchas veces en nuestro nombre. Es todo el problema planteado por la categoría “pueblo” (y su responsabilidad colectiva), que Vilar evocará nuevamente en sus conclusiones, al lado de otros problemas derivados del vocabulario utilizado.

Luego de un frustrado intento de evasión y pese al empeoramiento de sus condiciones de detención, espera las buenas nuevas de la victoria antifascista y ve progresivamente dibujarse la derrota en las muecas de sus celadores. El primero de mayo de 1945, a una semana de la derrota incondicional, firmada y reconocida por el ejército nazi, Vilar está de retorno en París.

## CONCLUSIONES

Vilar insiste en sus conclusiones sobre la importancia y la complejidad, que su propia vida le ha mostrado, de los fenómenos en los que se cruzan y entrecruzan las referencias de identidad y pertenencia.

Plantea nuevamente el tema del vocabulario y la traducción que se deben emplear para evitar confundir realidades diferentes, en momentos diferentes, en particular en el caso de la construcción europea actual, citando casos emblemáticos: la diferencia entre pueblo y país o entre patria y estado, o los peligros del razonamiento en términos de potencia e imperio. Pero sus análisis no son privativos del caso europeo.

Sugiere que no sólo el historiador sino también el ciudadano de la calle reflexionen sobre las palabras que se emplean y el contenido vehiculado, evitando especialmente la trampa que consiste en identificar la palabra con la solución del problema planteado.

Particular atención debe prestarse, reafirma el historiador francés, al uso que dan los grupos (clases, medios sociales, asociaciones temporales, etc.) a dichos términos, poniendo fecha y ubicando en el espacio los más precisamente posible. Una práctica igualmente indispensable cuando se habla

de imaginarios más o menos comunes y psicologías nacionales, de solidaridades y antipatías colectivas y de la conciencia que se tiene del mundo en que se vive.

En suma, una obra que es original por su concepción y realización y que, al mismo tiempo, estimula la reflexión del historiador sobre problemas contemporáneos de gran importancia y le interroga sobre la propia función social y ciudadana de su oficio.